

La presencia

Fragmentos

Elsa Cross

I

Vine como ese pájaro que oyó a la distancia, entre corrientes alternas de la noche, el llamado de su par.

Indistinguible de la propia voz, esa nota única entre todas se abrió paso desde el sueño.

Cantaba la noche, y un silencio sólo tocado por el viento, aleteo que se desprende de una rama, se volvió idéntico a la voz.

Élitros pulsando como un toque de gracia. Alma y sentidos debatiéndose en su no entender.

Más guiada por el deseo que la certeza, como siguiendo el rastro vivo de un aroma, vine hasta aquí.

II

Entreví, no la imagen real sino soñada.
¿Cuánto tendría que adquirir o perder para acercarse a lo real? ¿Qué era lo real?

En la distancia, formas indistintas, como esa hierba que saturaba el verano a la sombra de las hojas movedizas.

Y la blancura restallante. Entrecielo penetrado por notas de flauta,
o por el viento embromando a los gatos con el escamoteo de las hojas secas sobre el suelo.

Enjambres de mariposas se levantan, como hojas de castaño,
 el polvo
 de sus alas llena el aire.

Tus ojos me reciben desde el sueño.

III

La noche empieza en el ala del arcángel.

La partitura se borra, vuelve a su respiro, pliega su vuelo mientras las
 cosas se despliegan,
 las traspasa una luz violeta que no cesa.

Tu voz hiere en lo suave.

Tormenta afuera. Árboles que se doblan.
 Dentro, el juego del polvo en esa luz, un asombro callado, nociones de
 cuerpo presente.

Insondable el sentido por donde transitamos.

Explicar lo que comportan la voz, la luz, la presencia que llega desde
 otra esfera,
 cercana más que la propia piel amada.

IV

Fijar sobre tu rostro las facciones del sueño, darle sombra y perfil, visitar
 en su nido el relámpago,
 con el viento colándose a raudales a media tarde.

Pudo la faz del sueño al fin tomar un rostro
 y decirse completa,
 venciendo los párpados como alas abatidas, a ras de cielo.

Los dos extremos del sol. Una opción anclada en el deseo, o sus tintas
 desiertas marcando en franjas puras el paso
 con un velo en los ojos

la entrada

la salida
la entrada
sin mucho entender del alto vuelo.

V

El sueño pesa como un ala blanca, un rigor inescapable, una
acumulación de vísperas.

Lo atraviesan nombres de largas terminaciones, como ropajes talares,
sobreexpuesto al calor, al reflujo de espliegos—
ceremoniosas extendidas a lo largo del fulgor vespertino.
recoge dulces frases

Nada oculta el brillo de los almendros, con sus hojas que se trepan a la luz.

Se oyen palomas en el techo, y el sueño cae como un velo, se balancea
sobre nuestras sombras,

y en el jardín de altos muros nos acoge la noche, donde tu ropa blanca
entre el follaje
es una gracia de la Resurrección.

VI

Toda el agua en secreto.
Los pensamientos no se atreven a estallar y enlazan callados el gesto
enunciador.

El soplo del día llega hasta la frente, hace latir el nervio que atraviesa,
la vena que va tocando leve.

Toda el agua a la orilla del labio: apenas un eco de las últimas palabras—
un paso más a la vigilia y se han ido, se confinan en su mundo otro,
sólo aprensible en el sueño.

Y lo que allí sucede, lo que dices y te digo yo, los mundos que visitamos se
cierran en secreto.

Poemas del libro *Cuaderno de Amorgós*, de próxima publicación.